

LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO, LES ANUNCIAMOS

Emperatriz Arrobo ss.cc
Superiora General

INFO SS.CC. HERMANAS N°20 – 20 DE NOVIEMBRE 2014

“Lo que hemos
visto y oído,
les anunciamos”



Una vez más la Palabra de Dios, es la fuente que me inspira para escribir esta carta. La Palabra es y será siempre el centro de nuestra vida y de nuestra misión. *“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida... les anunciamos... para que también ustedes estén en comunión con nosotros” (1 Jn 1,3).*

Dentro del proceso que estamos viviendo como Congregación, se nos invita durante este tiempo a vivir tanto personal como comunitariamente un camino de “revitalización” de nuestra vida y misión SS.CC. que nos permita ir creando entre todas nosotras los rasgos del “Nuevo Rostro” de la Congregación, según el Corazón de Dios.

Ir creando entre todas nosotras los rasgos del “Nuevo Rostro” de la Congregación, según el Corazón de Dios.

El texto de San Juan, al que hago referencia al inicio, ilumina muy bien la vivencia de nuestro carisma. Cuando los demás nos preguntan por nuestro carisma, muchas de nosotras respondemos rápidamente: *“contemplar, vivir y anunciar el amor de Dios encarnado en Jesús”*. Pero, ¿somos realmente conscientes de lo que decimos? ¿hemos hecho la misma experiencia de Juan?

Si recorremos la vida del apóstol Juan, podemos descubrir lo que él vivió, para poder anunciar con fidelidad lo que ha visto, oído y palpado. Él dejó todo para seguir a Jesús, estuvo junto a Jesús durante su vida apostólica y estuvo junto a Él en el Gólgota al pie de la cruz: *acogiendo* en su mente y corazón el amor de su Señor entregado hasta el extremo, *acogiendo* y guardando con fidelidad las últimas palabras de su Maestro, *acogiendo* a María por Madre. Y ante la tumba vacía creyó. Desde

¿Lo que contemplamos y vivimos es algo que nos llena de alegría, que reboza en nuestros corazones y nos impulsa a anunciarlo?

esta experiencia, Juan nos habla de la Palabra de la Vida, invitándonos a hacer la misma experiencia.

El lenguaje de Juan es apasionado, sus palabras salen llenas amor y de certeza, y no podía ser de otra manera; ha experimentado al Señor de tal manera, que no puede callarlo.

Esta experiencia cambia su vida y la primera consecuencia es la alegría. ¿Cómo estamos viviendo nosotras todo esto? ¿Cómo estamos viviendo personal y comunitariamente la alegría? ¿Lo que contemplamos y vivimos es algo que nos llena de alegría, que reboza en nuestros corazones y nos impulsa a anunciarlo?

Cada una de nosotras tenemos a nuestro alcance la posibilidad de estar como María a los pies de Jesús, en nuestro tiempo de oración, de adoración, en la escucha y acogida de su Palabra, en la Eucaristía. Ahí tenemos la hermosa oportunidad de acoger y escuchar al Corazón traspasado; de entrar en sus sentimientos, de aprender de sus actitudes. Ahí podemos descubrir, dónde tenía Él puesto su corazón, a qué y a quiénes era más sensible, en qué pasaba su tiempo, con quién compartía la mesa... Cabe preguntarnos: de todo lo contemplado, oído y visto, ¿qué vivimos? ¿qué anunciamos? ¿qué nos pasa a la hora de compartir el tesoro que llevamos dentro?

La soledad y el silencio son espacios privilegiados para ayudarnos a reencontrarnos con nosotras mismas y con la verdad que queremos anunciar. Necesitamos el silencio que se convierte en contemplación, que nos hace entrar en el silencio de Dios; de este silencio nace la Palabra, la Palabra que es reparación, sanación; de este silencio nace con fuerza la urgencia de la misión, que nos conduce hacia nuestro prójimo: para escuchar y ser sensibles a su dolor, para ofrecerle una palabra y sobre todo un testimonio de vida.

La fuerza del anuncio nos viene del Espíritu, *“recibirán la fuerza del Espíritu Santo que viene sobre ustedes, y serán mis testigos”* (Hech 1,8). Es el Espíritu, que nos da el valor de vivir el Evangelio y la audacia para proclamarlo. Esta es la experiencia que vivió y nos dejó Jesús *“El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para poner en libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor”* (Lc, 4,18-19).

Para comprender nuestra misión personal, comunitaria y de Congregación necesitamos, volver más asiduamente al Cenáculo, donde los discípulos permanecían juntos rezando con María y esperando al Espíritu prometido. Toda nuestra vida y misión tiene que inspirarse en este icono de la Iglesia naciente. La fecundidad de nuestra misión dependerá de una oración personal y comunitaria incesante, del testimonio de unidad de la comunidad *“tengan un solo corazón y una sola alma”* (Hech 4,32) y del testimonio del amor y de la alegría que el Espíritu Santo infunde a quien lo busca y está dispuesta a abrirse a su acción recreadora. *“Antes de ser acción, la Iglesia es testimonio e irradiación”* (Juan Pablo II).

La fecundidad de nuestra misión dependerá de una oración personal y comunitaria incesante, del testimonio de unidad de la comunidad...

Para procurar un fuego misionero a ejemplo de los primeros apóstoles, necesitamos volver a la sencillez y frescura del testimonio de la Palabra, porque oramos lo que predicamos y predicamos lo que oramos; vivimos lo que damos a los demás y damos a los demás lo que vivimos. El Papa Francisco dice: *“no se puede anunciar el Evangelio de Jesús sin el testimonio concreto de la vida. Quien nos escucha y nos ve, debe poder leer en nuestros actos eso mismo que oye en nuestros labios, y dar gloria a Dios. La incoherencia de los fieles y los Pastores entre lo que dicen y lo que hacen, entre la palabra y el modo de vivir, minan la credibilidad de la Iglesia”*.

De lo contemplado, visto y escuchado nace la Palabra. Si queremos vivir nuestra misión de anunciar el Evangelio con fidelidad, necesitamos invertir tiempo en escuchar la Palabra y dejarnos configurar por ella. ¿Cuánta necesidad tenemos de

De lo contemplado, visto y escuchado nace la Palabra.

encontrarnos con Dios, antes de anunciarlo? Respondernos a esta pregunta con sinceridad es fundamental, porque la respuesta será el mejor termómetro de nuestro celo misionero. Es en la experiencia del encuentro con el Señor y de haberse sentido profundamente amadas y transformadas por Él, donde nace la pasión del testigo. *“Yo decía: No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre. Pero había en mi corazón algo así como un fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía”* (Jer 20, 9).

Hermanas, si vivimos la experiencia de estar con el Señor, si somos capaces de verlo, de tocarlo en los momentos de oración, en la vida, en los pobres, si escuchamos su Palabra y la dejamos entrar en nuestro corazón, podremos anunciar lo que hemos experimentado, y los que nos escuchan y ven, tendrán el profundo deseo de vivir la misma experiencia. La Buena Madre, cuya fiesta celebramos este mes, repetía constantemente: *“Tendríamos que acostumbrarnos a traer a Dios más cerca de nosotros”*.

Nuestros Fundadores también supieron dejarse fascinar por el Misterio de Dios, entrar en su Corazón, contemplar su Amor. Supieron ver, oír, palpar la Palabra hecha Vida y anunciarla, para que todos pudieran participar de esa vida. Lo que buscaban era entrar en comunión de vida con el Padre. Eso es lo que vivieron y anunciaron. Y eso es lo que nosotras también queremos vivir y anunciar. ¿verdad?

Nuestros Fundadores también supieron dejarse fascinar por el Misterio de Dios, entrar en su Corazón y contemplar su Amor.

Tal vez tengamos necesidad urgente de hacer memoria y vida las palabras que San Pablo dirige a Timoteo, y en este momento dirigidas a ti y a mí: *“Te invito a que reavives el don que Dios ha depositado en ti”* (2 Tim 1, 6). Tal vez necesitemos reavivar profundamente el primer amor, recordar su llamada,

su amor incondicional por cada una de nosotras, pues, *“Sólo podremos ser portadores de la consolación de Dios, de su ternura para con todos, si nosotras hemos experimentado antes la alegría de ser consoladas y amadas por Él”* (Papa Francisco).

Gracias Juan, Henriette y Pierre y tantos otros, porque nos han marcado el camino de cómo tenemos que hablar de Dios, no desde las ideas frías o aprendidas en un libro o en la universidad, que tantas veces congelan el alma, sino desde el testimonio de nuestra experiencia personal, desde la alegría y el gozo de nuestra fe, porque sólo así, lo que anunciamos será Evangelio, será Buena Noticia.

El testigo de la Buena Noticia es aquel que ha visto, que puede dar testimonio porque ha experimentado y que es algo digno de ser anunciado o, por qué no, gritado. Y cuanto mayor es lo experimentado, mayor la fuerza del testigo. *“Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído”* (Hech 4, 20). El mundo necesita testigos, no profesionales del Evangelio. El testigo vive en la realidad de hoy. Está dónde está el ser humano. Su vida no discurre al margen de los problemas, interrogantes y sufrimientos que se viven hoy en el mundo. Su visión de la vida está enriquecida por la experiencia que vive de Dios.

Estamos llamadas a anunciar el Amor y la Misericordia de Dios con nuestra vida, descubriendo los caminos que nos llevan hacia los más necesitados, hacia los de abajo, expresando admiración, ternura, compasión, ofreciendo perdón, siendo generadoras de esperanza. Abriendo nuestros oídos para que sean receptivos, atentos, sensibles, acogedores... Aprendiendo a mirar a la manera

Estamos llamadas a Anunciar el Amor y la Misericordia de Dios con nuestra vida.

de Jesús y pidiéndole como Bartimeo *“Señor que vea”*. Ofreciendo nuestras manos para curar heridas, para servir. Y disponiendo nuestros pies para ir a lugares de riesgo, de dolor y conflicto, ágiles para acercarse a los que están a la vera del camino.

Pidámosle al Señor que nos conceda la gracia de ser testigos creíbles de la Buena Noticia del Evangelio y que nos apasionemos por lo que le apasiona a Él. Ésta será la mejor manera de anunciar el Reino y ser fieles a la misión que Él nos ha confiado: *“Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos... y enséñenles a vivir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia”* (Mt 28, 19-20).

“Feliz Fiesta de la Buena Madre”